

JONNY ZUCKER

TONY ROSS

MONSTRUOS DE INTERCAMBIO

Edu
y
Fenda



Título original: *Monster Swap. Eddie and Fenda*

1.ª edición: octubre 2013

© Del texto: Jonny Zucker, 2011

© De las ilustraciones: Tony Ross, 2011

Publicado por primera vez en Gran Bretaña
por Hodder Children's Books

© De la traducción: Blanca Jiménez Iglesias, 2013

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2013

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-4076-6

Depósito legal: M-16.123-2013

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*,
publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

JONNY ZUCKER

TONY ROSS

MONSTRUOS DE INTERCAMBIO

**Edu
y
Fenda**

Traducción de Blanca Jiménez Iglesias

ANAYA

CONTENIDO



Edu y el parque
de atracciones
Repicahuesos **11**

Fenda y el estrepitoso
fracaso del *catering* **95**



Después de miles de años ocultos de los humanos, los monstruos de la Tierra se han mostrado por fin. Han emergido de los pantanos más lóbregos y de los bosques más frondosos.

Al principio, los humanos temían a los monstruos. Ver por la ventana de la cocina cómo un ser bicéfalo de color morado se sorbe los mocos conseguiría, sin duda, que cualquiera levantara la vista de sus cereales.

Al principio, los monstruos también tenían miedo de los humanos. Ver cómo un niño pequeño colorado como un tomate reclama a gritos un helado lograría, claro está, que cualquier monstruo levantara la vista de su repollo agrio y sus hamburguesas de tierra.

Así que los monstruos formaron el Consejo de Monstruos para la Comprensión de los Humanos y estos fundaron la Agencia de Humanos para la Comprensión de los Monstruos. Ambas instituciones estaban de acuerdo en que, para dejar de temerse

mutuamente, debían descubrir todo lo que pudieran acerca de sus respectivas formas de vida.

Así que organizaron una serie de visitas cruzadas. Dichos «intercambios» consistían en que un niño humano visitaría a un niño monstruo en el mundo de los monstruos y este mismo se alojaría con el niño humano en nuestro mundo. Nadie tenía idea de qué iba a pasar...

**BIENVENIDOS
AL MUNDO DE:**



EDU
Y EL
PARQUE DE
ATRACCIONES
REPICAHUESOS

Queridos Fenda y familia:

Muchas gracias por acoger la visita de Edu Wright, el compañero humano de intercambio de Fenda. Edu está emocionado con su viaje, pero debo advertirles de que no se asusten ante algunos de sus comportamientos y habilidades. En primer lugar, los juegos de ingenio le vuelven loco, así que, si les desmonta la casa para reconstruirla, lo hará con su mejor intención. Además,

es experto en kung-fu (un arte marcial que practican los humanos).

Por tanto, si les reta a luchar contra él, NO se deberá a que no le gusten.

Tiene una sola lengua, por lo que les agradecería que no le lanzaran por los aires si la emplea para alimentos salados y dulces.



Según tengo entendido, la visita de Edu coincide con el Festival Pembran, una ocasión para ingerir grandes cantidades de comida y actuar salvajemente. Les ruego que se aseguren de que no toma demasiados batidos de larvas machacadas durante las celebraciones, porque su familia desea que regrese al mundo de los humanos con el mismo tamaño y forma que antes de llegar a su asentamiento.

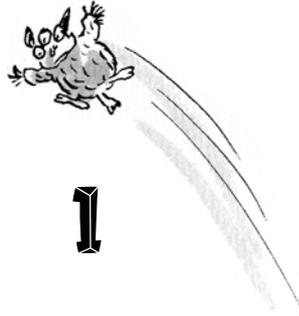
Les deseo que se lo pasen maravillosamente bien durante la visita de Edu.

Atentamente,

Lady Bug Gazap



**Consejo de Monstruos
para la Comprensión de los Humanos**



Edu tomó un trago de su botella de agua. El camino desde la estación de tren hasta el punto de encuentro señalado en el mapa había sido largo.

Pero allí no había monstruos a la vista.

A su alrededor no veía más que una gran extensión de arena color melocotón cuya superficie estaba salpicada de gigantescos agujeros.

Como buen fanático de los juegos de ingenio, Edu nunca viajaba sin uno. Sacó un complejo rompecabezas metálico del bolsillo y trató de desbloquear las tres secciones interconectadas. Estaba a punto de resolverlo cuando oyó un suave murmullo a lo lejos que fue creciendo hasta convertirse en un zumbido. Un segundo más tarde, una criatura similar a un enorme cerdo azul con púas en el lomo salió disparada por uno de los agujeros. Aterrizó con estrépito sobre la arena y se zafó del monstruo verde que llevaba a

cuestas. El monstruo le tiró seis bolitas blancas y el bicho-cerdo se volvió, echó a trotar y desapareció por otro agujero.

—¡EH, EDU! ¡SOY FENDA! —gritó el monstruo, se sacudió la arena del pelaje, se acercó de un brinco impresionantemente alto y le rodeó el abdomen con sus robustos brazos en un apretón que estuvo a punto de partirle todos los huesos.

Edu soltó un grito ahogado de terror ante su compañero de intercambio, y sintió que el aire se le escapaba.

Fenda medía un metro de alto y casi dos de ancho. Contaba con tres ojos dispuestos en forma de triángulo sobre la cabeza, y sus tres pies, increíblemente planos, tenían muelles en las plantas. Los brazos de Fenda terminaban en dos zarpas, también planas, con diez arrugados dedos.

—Ho... ho... hola, Fenda —jadeó Edu, que apenas podía respirar.

—¡Me alegro mucho de conocerte! —sonrió Fenda, y lo soltó por fin.

Edu respiró hondo, guardó el juego de metal en el bolsillo y, por encima del hombro de Fenda, observó el punto donde el bicho-cerdo había desaparecido.

Fenda siguió su mirada.



—Era un cerdopín —explicó—. Viven en varios clanes de monstruos. Nosotros, los pembrans, los empleamos como taxis para viajar entre nuestro asentamiento y la superficie.

—¿Y qué eran las bolitas blancas que le has tirado? —preguntó Edu.

—Es cera de oídos —contestó Fenda—. Las llamamos cerinas. Las utilizamos como dinero. Cada oreja produce dos cerinas diarias. ¡Puedes gastártelas o ahorrarlas!

—Eh... ¿bajamos entonces directos a tu asentamiento? —quiso saber Edu.

—¡Por supuesto! —asintió Fenda.

—¿Por qué el cerdopín no nos ha esperado?

—Porque para descender —dijo Fenda con una mueca—, ¡no necesitamos cerdopines!

Agarró a Edu del brazo, corrió por la arena hacia el agujero por donde el cerdopín se había esfumado y se zambulló de cabeza.

—¡Aaaaah! —gritó Edu al caer tras ella, precipitándose a una velocidad vertiginosa por un tobogán en espiral de blandas paredes curvas.

—¡SUPERGENIAL! —chilló Fenda encantada, que sujetaba con fuerza a Edu mientras daban vueltas y más vueltas.

Treinta segundos más tarde salieron escopetados

por el agujero y se detuvieron tras derrapar sobre una gran cama de mullido lodo grisáceo.

—¡Bienvenido al clan de monstruos Pembran!
—aulló Fenda, y puso a Edu en pie de un tirón—.
Este es el círculo de viaje.

Se hallaban en una gigantesca gruta subterránea repleta de rampas rotuladas con «**ARRIBA**» y «**ABAJO**». Rayos procedentes de varios huecos sobre sus cabezas, independientes de las rampas, iluminaban el lugar. Una capa de moho naranja cubría el suelo y calentaba los pies. El cerdopín que había transportado a Fenda hasta la superficie se había detenido a comparar las cerinas recaudadas durante el día con un par de compañeros. Varios congéneres sorbían batidos de huesos sentados en corrillos al final de diversos túneles.



—He tomado el último cerdopín del día —dijo Fenda satisfecha.

Edu distinguía voces y el sonido de pasos no muy lejos.

—¿De dónde viene ese ruido? —preguntó.

—De la plaza del mercado —respondió Fenda, y echó a andar en dirección contraria—. Hoy abren hasta tarde, pero iremos otro día.

—Guay —asintió Edu, y siguió a su monstruo-guía.

—Has venido en un momento muy importante —continuó Fenda, abandonó el círculo y condujo a Edu por un estrecho pasadizo rocoso—. Dentro de unos días celebramos el Festival Pembran.

—¿Y qué *hacéis* el día del Festival Pembran? —se interesó Edu, y alzó la mirada para admirar las extrañas plantas púrpuras que nacían del techo del pasadizo: escupían unas gotas ácidas y humeantes que Fenda se afanaba por esquivar. Edu pensó que lo mejor sería imitarla.

—¡Comemos mucho, jugamos más y nos pasamos dos semanas enfermos! —rio Fenda.

Poco después, Edu avistó una reluciente criatura grisácea en el extremo del pasadizo. Tenía brillantes ojos de color ámbar y dientes puntiagudos que relucían en un hocico curvado. Semejaba una mangosta que se hubiera pasado al lado oscuro.

—¡FUERA DE AQUÍ! —bramó Fenda.

La silueta gris se giró y desapareció de su vista en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Edu nervioso.

—Es un coyote lúgubre —respondió Fenda—. Son pocos los que se atreven a rondar el asentamiento. Pero si vas a las llanuradas, los verás a montones. Cazán en manadas y ¿a que no adivinas cuál es su comida preferida?

—No tengo ni idea —respondió Edu.

—¡Monstruos pembrans! —anunció Fenda.

Un escalofrío recorrió la espalda del niño que se acercó un poco a su compañera.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Quiero presentarte a alguien —dijo Fenda.

Al salir del pasadizo, se encontraron al pie de una alta montaña gris salpicada de grandes champiñones de destellantes luces azul claro.

—No te comas ninguno de esos —advirtió Fenda—. ¡Te rasgarán de dentro afuera y de fuera adentro!

Edu rodeó un champiñón particularmente grande y siguió a Fenda.

Ascendieron a buen paso y, desde la cima, se asomaron a un extenso valle fucsia con una vasta superficie de moho anaranjado.

En medio del valle se erigía un monstruoso parque de atracciones en cuyo centro se hallaba una enorme montaña rusa construida con huesos de diferentes tamaños. En lo más alto, un cartel hecho con letras de madera pintadas de varios colores rezaba:

¡LA MEJOR
ZUMBOMONTAÑA
DEL MUNDO!
¿Conseguirás salir de UNA pieza?

La montaña rusa estaba rodeada por diversas atracciones: un campo de tiro con pequeñas pistolas rojas hechas con cuernos de animales, una pista de autos de choque donde los coches colgaban del techo y una fila de máquinas recreativas donde uno metía la cabeza y la máquina le daba vueltas.

Aunque Edu se había quedado boquiabierto ante las atracciones y los videojuegos, no se le escapaba que el lugar había conocido tiempos mejores. De hecho, cuando Fenda y él bajaron por la colina hacia el parque de atracciones, avistó conexiones sueltas, ruedas rotas y columnas medio derrumbadas. De cerca daba la impresión de que aquello podía desmoronarse en cualquier momento.

Recorrieron el sendero principal del parque y se detuvieron ante la zumbomontaña, donde un viejo y arrugado pembran, de espaldas a ellos, se lamentaba a voz en cuello.

—¡SE ACABÓ! —gimió el anciano monstruo con dolor y angustia—. ¡Estamos MALDITOS, ACABADOS, *KAPUT!*

¿Te gustaría visitar el mundo de los monstruos?
¡Ahora puedes ir de intercambio!



Conocerás a **Fenda**, del clan de monstruos Pembran.

Mide un metro de alto y casi dos de ancho,
tiene tres ojos, tres pies planos con muelles en las plantas
y es capaz de encogerse. Pero es alegre y simpática y,
sobre todo, tremendamente divertida.

¡Su gran sueño es ser una estrella de cine!

Solo un consejo:

procura no hacer muecas a sus espaldas.

El mundo de los monstruos es muy diferente.
Tu experiencia de intercambio
puede convertirse en una auténtica aventura.



ANAYA
www.anayainfantiljuvenil.com

**¡INCLUYE
DOS RELATOS!**